

Rafael de Castillo Cuesta y la Guerra de África (1859-1860): al servicio de la nacionalización de la Unión Liberal*

Rafael de Castillo Cuesta and the African War (1859-1860): in the service of the nationalisation of the Liberal Union

Javier PÉREZ NÚÑEZ

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

La Guerra de África (1859-1860), desarrollada bajo el *Gobierno largo* de la Unión Liberal, suscitó un exacerbado nacionalismo español. En la articulación de su relato nacional, unificador y movilizador, participaron infinitud de periodistas, poetas, novelistas, dramaturgos, pintores, escultores, fotógrafos, políticos, religiosos, etc., adscritos o no a las esferas oficiales. Entre ellos destaca el escritor especializado en la novela por entregas Rafael del Castillo Cuesta que, durante el tiempo del conflicto y centradas en su contexto, publicó tres obras, una novela, una historia y una biografía del general Leopoldo O'Donnell. Todas ellas asumen los motivos empleados por la Unión Liberal para justificar la guerra (el honor patrio, la religión católica y la misión civilizadora), y también se inscriben en el nacionalismo cultural y simbólico al que recurre esa formación política. De ahí que podamos considerar a Rafael del Castillo, más que un ideólogo nacionalista, un divulgador del modelo nacional de Unión Liberal.

PALABRAS CLAVE

Rafael del Castillo; Leopoldo O'Donnell; Unión Liberal; Guerra de África; nacionalismo español.

ABSTRACT

The African War (1859-1860), which took place during the *Long Government* of the Liberal Union, gave rise to an exacerbated Spanish nationalism. An infinite number of journalists, poets, novelists, playwrights, painters, sculptors, photographers, politicians, religious figures, etc., whether they belonged to the official spheres or not, took part in the articulation of its unifying and mobilising national narrative. Among them, Rafael del Castillo Cuesta, a writer who specialised in serialised novels, published three works during the conflict: a novel, a historical work and a biography of General Leopoldo O'Donnell. All of them assume the motives used by the Liberal Union to justify the war (patriotic honour, the Catholic religion and the civilising mission), and are also part of the cultural and symbolic nationalism to which this political grouping resorts. Thus, we can consider Rafael del Castillo more than a nationalist ideologist, rather a disseminator of the national model of Unión Liberal.

KEYWORDS

Rafael del Castillo; Leopoldo O'Donnell; Liberal Union; African War; Spanish nationalism.



*. Este estudio se desarrolla en el marco del proyecto de investigación “Identidades en movimiento. Flujos, circulación y transformaciones culturales en el espacio atlántico (Siglos XIX y XX)” (Ref.: PID2019-106210GB-I00). Una primera versión del mismo se presentó al Congreso “Un océano y tres miradas a mediados del siglo XIX” organizado por el proyecto *Negociaciones Identitarias Transatlánticas, España-Francia-México, 1843-1863* y celebrado en la Universidad Autónoma de Barcelona (Bellaterra y Barcelona) los días 9 y 10 de junio de 2022.



Dentro del impulso modernizador llevado a cabo por la Unión Liberal durante su *Gobierno largo* se integra la llamada pomposamente guerra de África y popularmente guerra contra el moro (1859-1860). Forma parte de las expediciones militares que caracterizan a una política exterior orientada a aminorar el quebrantado prestigio español y tiene tras de sí una doble ideología colonial, la tradicional de España como nación imperial y la nueva promovida por las principales potencias europeas.

Es una combinación harto compleja, porque a las reminiscencias imperiales acompañan una notable influencia de la religión católica y un retraso general considerable, que hacen aparecer a España a ojos de esas potencias como un país orientalizado. Al mismo tiempo, tanto frente a la otredad marroquí como ante esos estados europeos, España necesita presentarse como un país orientizador y demostrar que es una potencia desarrollada, identificada con la civilización, la modernidad y el progreso. Esta dualidad orientalista no puede por menos que generar ciertos planteamientos ambivalentes¹.

El conflicto con Marruecos, originado por el sobredimensionamiento de uno de los frecuentes incidentes fronterizos, fue una auténtica guerra, que movilizó a más de 45.000 hombres (incluidos los 500 voluntarios catalanes y los 3.000 hombres de los tercios vascongados), ocasionó alrededor de 8.000 bajas (más de la mitad a causa del cólera) y supuso un coste superior a los 200 millones de reales. Además, aunque constituyó un éxito militar por el desagravio del pabellón español perseguido, apenas si se obtuvieron ampliaciones territoriales, ya que Tetuán, la plaza principal conquistada, sería devuelta al cabo de dos años a Marruecos, una vez satisfecha la indemnización de 400 millones de reales establecida. De ahí que el conjunto de la opinión lo considerara “una paz chica para una guerra grande²”.

Ello es así tanto más si se tiene en cuenta que durante esta guerra, pero también inmediatamente antes y después, se desarrolló un exacerbado nacionalismo español. Su despliegue tuvo algo de espontáneo, pero se vio claramente incentivado por el poder público unionista, ya que constituía un importante instrumento legitimador. Así, siendo su contenido, al igual que el ideario del partido, ecléctico, conservador y liberal, con él se propiciaba una nacionalización cultural y simbólica que, obviando cualquier desarrollo cívico y mejora social, buscaba la integración mental y afectiva de la población al Gobierno unionista del general Leopoldo O'Donnell y a la monarquía constitucional isabelina.

Para esta nacionalización, se recurrió al relato histórico y literario, a los mitos, a los héroes, a los símbolos (bandera, himnos...), se emplearon todos los géneros literarios (crónicas, cancioneros, teatro, novela y poesía), las artes visuales (pintura, fotografía, grabados, esculturas) y las celebraciones en espacios públicos (desfiles militares, manifestaciones cívicas, festejos taurinos...), y se utilizaron todos los medios de

1. Xavier ANDREU MIRALLES, *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Taurus, Madrid, 2016, pp. 70-113; Alda BLANCO ARÉVALO, *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*, Valencia, PUV, 2012, pp. 22-23; José María JOVER ZAMORA, *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 275-289, y Susan MARTÍN-MÁRQUEZ, *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011, pp. 22-23 y 33-49.

2. Julio ALBI DE LA CUESTA, *¡Españoles, a Marruecos! La guerra de África, 1859-1860*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2018, pp. 83-97, 237-247 y 354-357.

comunicación, particularmente las publicaciones periódicas. De esta manera, con la consolidación de una sólida plataforma periodística por parte de la Unión Liberal gobernante y el control de la prensa en su conjunto se consiguió el dominio y la mayor difusión de su discurso nacional³.

La articulación de este discurso se asienta en el gran relato nacional que le proporciona la *Historia general de España* de Modesto Lafuente, en la que España, como nación desde el origen de los tiempos, es la principal protagonista. De esta manera, la historia, después de la providencia, es la máxima autoridad que avala las expediciones militares y, particularmente, la campaña africana, que viene a ser considerada como una especie de destino manifiesto. Así, se presenta reiteradamente como una continuidad o epílogo de la Reconquista, de un enfrentamiento interrumpido que se retoma actualizado, y ya no es solo una contienda entre dos religiones, sino también entre dos mundos, el del despotismo y el de la libertad, el de la barbarie y el de la civilización. Por lo tanto, la defensa del honor patrio que, anclado en la historia, se realizaba en nombre de la monarquía igualmente nacional, de la religión católica compatible con el liberalismo y la misión civilizadora constituyen los puntos cardinales del relato unionista desarrollado alrededor de la guerra con Marruecos. A este respecto, no podemos dejar de referirnos a la obra más famosa y difundida sobre este conflicto, la del periodista y literato Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*, que recoge en esencia ese ideario⁴.

A la construcción y difusión de este discurso nacional se sumaron muchas voces, unas por convicción y vinculación a esa formación política, otras por puro interés crematístico, porque lo nacional y patriótico español se convirtió en un producto de consumo masivo. Fue un negocio muy lucrativo que algunos, como el publicista Rafael de Castillo Cuesta, no se quisieron perder. Con todo, a pesar de este interés muy personal y de la escasa calidad literaria de sus escritos, su obra, con una considerable aceptación



3. BLANCO, *Cultura y conciencia imperial*, p. 34; Albert GARCÍA BALAÑA, “Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-1860)” en Eloy MARTÍN CORRALES (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1911)*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2002, pp. 14 y 55; Alfonso IGLESIAS AMORÍN, *Marruecos, panteón del imperio español (1859-1931)*, Madrid, Marcial Pons, 2022, pp. 46-48; M. C. LECUYER y C. SERRANO, *La guerre d’Afrique et ses répercussions en Espagne. Ideologies et colonialismo en Espagne, 1859-1904*, Paris, Presses Universitaires de France, 1976, pp. 35-36, y Francesc A. MARTÍNEZ GALLEGÓ, “Entre el Himno de Riego y la Marcha Real: la Nación en el proceso revolucionario español” en Manuel CHUST (ed.) *Revoluciones y revolucionarios en el mundo hispano*, Valencia, Universitat Jaume I, 2000, pp. 122, 133, 137 y 139.

4. Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013, pp. 32-33, 147 y 398-400; José María JOVER ZAMORA, “Caracteres del nacionalismo español”, *Zona Abierta*, 31 (1984), pp. 6-13; María del Pilar PALOMO, introducción a Pedro Antonio de ALARCÓN, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Córdoba, Fundación José Manuel Lara, 2005, pp. VII-LXXXV; Tomás PÉREZ VEJO, *España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 34, 49, 272-273, y María Luisa SÁNCHEZ MEJÍA, “Barbarie y civilización en el discurso nacionalista de la guerra de África (1859-1860)”, *Revista de Estudios Políticos*, 162 (2013), p. 45.

popular, constituye una valiosa aportación a la divulgación del mencionado gran relato nacional y de los símbolos y mitos que lo acompañaron.

Paradigma de novelista por entregas

No es mucho lo que se conoce de la vida del periodista y escritor Rafael del Castillo Cuesta (Cartagena, ±1835- ±1900). Sí se sabe que, además de asiduo colaborador en la prensa de distinto signo político, fue uno de los mayores especialistas de la novela por entregas. Para lograrlo, parece que, primero, fue amanuense de algún autor consolidado (puede que de Julio Nombela); seguidamente, escribió con el pseudónimo de Álvaro Carrillo, para, finalmente, constituir la empresa de Rafael del Castillo y compañía, que contó con anónimos colaboradores y tuvo a Luis del Val como secretario. Con esta sociedad compuso casi de un modo industrial más de setenta novelas que, acomodadas a los distintos gustos del público y de los editores de Madrid y Barcelona que las publicaron, seguían tanto formal como temáticamente el romanticismo francés, particularmente la obra de Eugène Sue. Así, sin preocuparse apenas por la calidad del lenguaje, utilizó los recursos y los modelos estereotipados de los folletines y de las publicaciones por entregas, y cultivó los distintos subgéneros de esta novela popular: histórica, de aventuras, social y costumbrista (sentimental, crímenes, bandoleros, etc.).

Algunas de estas narraciones contaron con su adaptación dramática, porque Rafael del Castillo también destacó como autor teatral. Una veintena de obras que se representaron en teatros Madrid y Barcelona así lo atestiguan. Como sus novelas, se acomodaban a las distintas modas, por lo que tenía dramas de corte sentimental, histórico y patriótico.

Igualmente, se adecuaron a la realidad cambiante y a los volubles encargos editoriales las obras que Rafael del Castillo escribió de temática histórica, geográfica y militar. De la misma manera que siguió las directrices marcadas y se convirtió en uno de los escritores más prolíficos de la literatura por encargo en el sentido amplio de la palabra, ideológicamente fue muy camaleónico, ya que se adaptó a la situación política que correspondía en cada momento⁵.

Durante la campaña de África estuvo estrechamente ligado a la Unión Liberal y, particularmente, a Leopoldo O'Donnell. Se adscribió a esta fuerza política y al general que la lideraba, y además lo hizo sin ambages. De ahí que entre 1859 y 1860 escribiera intensamente tres obras dedicadas al tema: una novela, *El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos (Novela histórica original. Edición ilustrada con preciosas láminas sueltas)*, una historia de la guerra, *España y Marruecos. Historia de la guerra de África escrita desde el campamento* y una biografía del duque de Tetuán, *Historia de la vida política y militar del Excmo. Sr. Capitán General D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, vizconde de Aliaga, duque de Tetuán*⁶. En todas ellas está siempre muy presente

5. Luis CARRERAS, *Los malos novelistas españoles, generalizados en D. M. Fernández y González, D. Francisco J. Orellana, D. Rafael del Castillo. D. Enrique Pérez Escrich. Artículos publicados en la Revista Hispano-Americana de Madrid, junto con el extracto de la polémica de la América*, Barcelona, Celestino Verdaguier, 1867, pp.10-11; Juan Ignacio FERRERAS, *Estudios sobre la novela española del siglo XIX. La novela por entregas, 1840-1900 (Concentración obrera y economía editorial)*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 182-184, y Emilio PALACIOS FERNÁNDEZ y Elena PALACIOS, "Castillo de la Cuesta, Rafael del", *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009-2013 (en línea).

6. Respectivamente, Madrid, Imprenta de Don Antonio Gracia y Orga, 1859; Madrid, Jesús Gracia Editor, 1859-1860, y Madrid, Jesús Gracia Editor, 1860.

la perspectiva gubernativa, sin el menor atisbo de crítica y, lo que es más importante a nuestros efectos, se asume de manera bastante prístina la política nacionalizadora unionista. De esta forma, teniendo como principal referente la obra de Pedro Antonio de Alarcón, contribuyó muy notoriamente, tanto a la construcción de la narrativa cultural, como a la divulgación del relato nacional oficial que acompañó a la guerra de Marruecos.

Siendo la narrativa de ficción la que produce una mayor atracción entre el público, por lo que tiene una difusión más amplia, y como además es la que desempeña un papel nuclear a la hora de reproducir, imaginar e inventar un relato nacional, la novela de Rafael del Castillo, *El honor de España*, es la que concentra nuestra atención. Al hacerlo, debemos significar que no nos interesa su farragoso argumento centrado en el entrecruzamiento de diversas historias de amor entre españoles, judíos y árabes desarrolladas en Marruecos durante la guerra y afectadas directamente por ella. Por las exigencias de aumentar el número de entregas, todo lo indica, esas tramas como el número de personajes se incrementan sobremanera, y con ellos los distintos espectros étnico y social al que pertenecen. Así, entre los españoles, están representados casi todos los sectores sociales: el pueblo menudo, el ámbito de los negocios y las finanzas, las aristocracias, el mundo de las letras... De ellos proceden los militares, principales protagonistas de la novela, y los hay de todo tipo: desde los soldados de reemplazo de origen humilde, pasando por los voluntarios, como un poeta romántico, hasta los de carrera, entre los que aparece un capitán aristócrata que va a la guerra con un asistente. El abanico de las mujeres que se enamoran y forman pareja con los anteriores también es muy amplio: hay hijas no reconocidas del hijo del sultán marroquí, de un jefe de una cáfila rifeña, de un comerciante judío o de un rico banquero; y también las hay de familias aristocráticas, huérfanas de padre dedicadas a la costura, adoptadas sin antecedentes, etc. A tanto plantel de actores, Rafael del Castillo agrega un caballero misterioso, muy del estilo de las posteriores novelas de Julio Verne, que cabalga veloz en un caballo negro, posee un palacio subterráneo y se hace llamar el Señor Omnipotente de las tribus de Kalaya, pero dice que se le conoce y firma como *El invisible*, y acaba identificado como Lord Archiwal de Groswnor.

Con todos estos personajes, se desarrolla la trama de la novela, que está acompañada de crímenes pasionales, raptos, apresamientos, fugas, *flashbacks*, actos heroicos, situaciones truculentas... y, sobre todo, enamoramientos. Como señala Juan José López Barranco, la mayoría de los intervinientes en la novela están emparentados, muchas veces sin saberlo, por vínculos de sangre, o comienzan a estarlo por lazos afectivos, de tal manera que el lector parece estar asistiendo a la peripecia de una gran familia. Así puede constatar en el capítulo final de la novela, que tiene como escenario el palacio subterráneo de *El invisible*, donde se resuelven casi todas historias entrelazadas y las parejas protagonistas alcanzan la felicidad. Casi todas, porque Rafael del Castillo deja sueltos algunos cabos, como los referidos al caballero misterioso, ante la posibilidad de continuar la novela en una segunda parte⁷.

Además del sucinto argumento mencionado, *El honor de España*, ante todo por razones comerciales, contiene largas descripciones de la realidad marroquí, de su paisaje, de sus ciudades, de sus tribus, de la organización política en torno al sultán, de la religión, de sus ritos y prelados, de los usos y costumbres, de su modelo familiar, de la situación de la mujer, de su estructura económica, etc. De esta manera, el lector se familiariza con

7. Juan José LÓPEZ BARRANCO, *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Madrid, Mare Nostrum, 2006, pp.40-45.



el universo, fundamentalmente imaginado, donde se desarrolla la guerra, que no se limita a ser un simple contexto de la novela, sino que forma parte de la trama. Se narran con gran lujo de detalle las relaciones internacionales que acompañan a la declaración de la guerra, la organización del ejército español, las principales batallas, las negociaciones y los tratados de paz, la ocupación y transformación de Tetuán, las celebraciones de bienvenida a las tropas victoriosas, etc. Parece que Rafael del Castillo hace esto para integrar a sus personajes militares, que son los principales, pero sobre todo para aumentar el número de entregas, algo que le facilita el hecho de escribir paralelamente una historia de la guerra, *España y Marruecos. Historia de la guerra de África escrita desde el campamento*, que también estudiamos aquí.

De la misma manera que la campaña de Marruecos no es solo el contexto de *El honor de España*, tampoco lo son los principales generales que dirigen a las tropas del ejército español. Se detiene principalmente en Juan Prim, pero sobre todo en Leopoldo O'Donnell. De él, Rafael del Castillo realiza un primer esbozo de un perfil panegírico y hagiográfico, que completa en la biografía que también escribe al mismo tiempo, y a la que también nos hemos acercado.

La guerra de África: la reparación del honor de España

Como indica el propio título de la novela, lo que para Rafael del Castillo está en juego en este conflicto es la reparación del honor español: “vengar los insultos a nuestro pabellón, sostener dignamente la honra nacional”. En su historia sobre la campaña repite la idea, advirtiendo que “son los hijos de una nación que van a vengar la ofensa inferida a su madre, Y ¿quién es ella? La España [...] La España [que] despierta de su sueño”. Así es, porque viene a considerar que los ultrajes se llevaban perpetrando desde hacía tiempo y, sin embargo, España se había mantenido impasible, apática y aletargada, lo que se toma por cobardía y debilidad y —señala— es objeto de algunas burlas en el exterior. Pues bien, es el gabinete del conde de Lucena, “guardador del decoro de la nación e intérprete de los sentimientos generales”, el que la saca del ostracismo; a él se debe la honra de “haber despertado al león español” al declarar la guerra. Semejante paso, afirma el escritor murciano, es aplaudido por las naciones más importantes, y especialmente por Francia, principal apoyo y modelo de imperialismo. Bueno, hay una excepción, recuerda nuestro autor: “la pérfida Albión,” cuya animadversión a España y apoyo a los marroquíes son censuradas por toda Europa⁸.

El honor, al que recurre Rafael de Castillo al igual que Pedro Antonio de Alarcón, es una clara reminiscencia del Antiguo Régimen y constituye uno de los tropos nucleares del discurso aristocrático. Como destaca Alda Blanco, en este momento de transición hacia la formación de una sociedad liberal ese atributo residual aristocrático se inserta en la cultura burguesa y, al tiempo que se mantiene en la esfera individual, se resemantiza, y se convierte en uno de los componentes fundamentales de la nación, hasta el punto de legitimar todos los sacrificios⁹. Por eso el escritor murciano, además del respaldo europeo a la guerra, destaca, sobre todo, el apoyo sin fisuras de la opinión pública española y la aquiescencia unánime de todas las provincias con la reina a la cabeza porque, animadas

8. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 49, 51, 81, 197, 198 y 427; ÍDEM, *España y Marruecos*, pp. 8, 24, 41, 43, 96 y 111, e ÍDEM, *Historia de la vida política y militar del Excmo. Sr. Capitán General D. Leopoldo O'Donnell*, pp. 457, 459 y 461.

9. BLANCO, *Cultura y conciencia imperial*, pp. 22, 29 y 36; LECUYER y SERRANO, *La guerre d'Afrique*, pp. 196-197 y 200-201, y MARTÍNEZ GALLEGOS, “Entre el Himno de Riego. pp. 154-155.

de una inquebrantable adhesión nacional, forman una “masa común”, constituyen un solo cuerpo y tienen un solo pensamiento: “el engrandecimiento de España”. De tal manera, enfatiza, que “si fuera necesario, todos los españoles serían soldados dispuestos a derramar su sangre para labar [*sic*] la mancha del pabellón nacional”. Más aún, ansían “combatir por la patria”. Esta interiorización de la nación y afirmación de la comunidad nacional se sublima, alcanza el éxtasis cuando España, por medio de su ejército victorioso, logra vengar la ofensa inferida y deja a una “altura inmensa a la honra nacional”¹⁰. Así lo subraya el autor cartagenero, al señalar

En el corto intervalo que media desde el día 19 de Noviembre de 1859 hasta el 4 de Febrero de 1860, la España, cual furioso gigante adormecido por un narcótico funesto, se ha despertado demostrando a las naciones su inimitable e invencible pujanza.

[...] El León de España ha despertado y, aunque noble y generoso, sabe probar que puede aún sujetar al mundo entre sus garras.

¡Oh! ¡Hermosa y magnánima nación nuestra! ¡El corazón nos palpita de alegría, de entusiasmo y de orgullo al considerarnos hijos tuyos!

¡Bendita sea la hora en que la Providencia nos concedió la gloria de aspirar al primer aliento de vida en tu hermoso y heroico suelo!

Tú no puedes, noble España, tener hijos desgraciados.

¿Qué mayor ventura que poder decir “somos Españoles”?

En el solo renombre de “Español”, se hallan expresas miles palabras lisongeras.

“Español” es el sinónimo de todo lo grande, de todo lo generoso, de todo lo invencible¹¹.

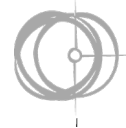
Esta destacada actuación, de la que por lo significado todo español no podía por menos de sentirse orgulloso, es producto de la historia, porque para Rafael del Castillo, como hombre del siglo XIX, “la historia es la vida de las naciones”. Por lo tanto, se inserta en una gloriosa historia nacional y viene a ser la continuación de la guerra iniciada hace muchos siglos contra los musulmanes, una especie de epílogo de la Reconquista: “la expedición de hoy era la consecuencia de la expulsión de ayer”. En este último episodio de la considerada por la historiografía de entonces gran epopeya, para el novelista murciano los militares españoles con la campaña de Marruecos se muestran dignos sucesores de los héroes de Covadonga, Las Navas, Clavijo, Granada, Orán o Lepanto, y abaten con igual ardor “aquella misma media luna”. De esta manera, la guerra de África se integra perfectamente en la insigne historia nacional, pero para Rafael del Castillo también ella sola por su trascendencia debe formar un capítulo aparte, “un libro de oro en que cada hoja será un brillante que pasará de generación en generación, enseñando a nuestros descendientes la gloriosa senda que deben seguir”¹².

El escritor murciano, al participar en la construcción del relato nacional unionista sobre esta guerra, considera el expansionismo español en Marruecos como una especie de destino manifiesto. Es, por lo tanto, la historia la que guía a España, pero antes, y sobre todo, la providencia. Así, a la manera burkeana, Rafael del Castillo, como gran parte del pensamiento conservador y liberal, tiene una visión providencialista de la historia, es

10. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 447, 560 y 801, y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 15, 152 y 484. Esta visión comunitaria también la comparte Pedro Antonio de Alarcón; al respecto, LECUYER y SERRANO, *La guerre D’Afrique*, pp. 198-199.

11. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 318-319.

12. *Ibidem*, pp. 51, 239, 332, 364 y 422-423; y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 9, 41, 43 y 437.



decir, contempla la historia como una trayectoria marcada por la sabiduría de Dios¹³. En su caso, como en el de la mayoría de los españoles, del Dios de la confesión católica, que, para él, si no la única, sí es la religión verdadera. De ahí que, para el autor cartagenero, esta deidad, “el rey de reyes, el inmutable fijador de los destinos de la humanidad entera, tenía en su mano la balanza que pesaba sobre la suerte de las naciones”. Es, de esta manera, el que había llevado a las tropas españolas a Marruecos y el que estaba detrás del propio desarrollo del conflicto. Con este sentido Rafael del Castillo hace suya una frase de una arenga del general Juan Prim: “Dios es el que da o quita las victorias, los hombres y los ejércitos más valerosos no son nada si la mano de Dios les abandona”.

Siendo esto así, y coincidiendo la guerra con los momentos litúrgicos fundamentales del catolicismo, como son la Navidad, la Semana Santa y la Pascua, resulta razonable que el escritor murciano se detenga un cierto tiempo en las celebraciones religiosas, a las que acuden masivamente los militares españoles sin distinción de rango y con la mayor devoción para homenajear y dar gracias a Dios por haberles “concedido la victoria en tantas batallas y por el que habían regado aquella tierra con su sangre”. También lo hacen para rezar por éstos, los mártires de la guerra, pero siendo conscientes –enfatisa nuestro autor– de que tienen abiertas “las puertas de esa gloria, con que Dios premia a los que mueren por su patria y religión”.

Allí, de rato en rato, alternaban jefes oficiales y soldados, rezando las estaciones, dando a conocer de esta manera que aún en país africano no habían olvidado las costumbres religiosas de la patria.

Nada más cristiano, nada más sencillo, nada más sublime, que aquellas muestras de gratitud y veneración rendidas por los rudos guerreros del combate ante aquellos símbolos de nuestra religión.

No había templos suntuosos, no había monumentos ricos de adornos, no había más que una simple cruz de madera, y esto bastaba.

La religión católica no necesita altares para sentirse y comprenderse.

La naturaleza entera es el vasto altar donde el verdadero cristiano adora a su criador.

El corazón del católico tiene en sí encarnada su religión y, en cualquier parte y de cualquier modo, alza sus fervorosos ruegos al Supremo Señor de todo lo criado.

Los guerreros de la cruz, esos bizarros paladines que han peleado en tantos combates, que han humillado con su altivo valor la indómita fiereza de los sectarios del Islam y que en más de una ocasión han pisoteado los estandartes de la media luna, contritos y humildes se postran ante la sencilla cruz que era su guarda en los combates, y su bienhechora en la paz¹⁴.

Por lo que vamos viendo, para Rafael del Castillo, que considera a España “la nación más católica de Europa”, esta religión es una seña de identidad fundamental de ella y de los españoles, y también del ejército que les representa. Por eso, esta guerra tiene para el novelista cartagenero un cierto sesgo de cruzada y ve en ella una cierta continuidad de la toma de Orán realizada bajo el mando del general Cisneros: “Después de haberles arrojado de nuestro suelo, teníamos un deber de religión para penetrar en su territorio”. En algunos momentos utiliza el término de cristiano como sinónimo de español y enfrenta

13. Para esta visión historiográfica, José ÁLVAREZ JUNCO y otros (coords.), *Las Historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (dirs.), *Historia de España*, Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2013, vol. 12, pp. 267, 271-273; PÉREZ VEJO, *España imaginada*, pp. 217 y 308, y Roberto LÓPEZ VELA, “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado nacional en las historias de España del ochocientos”, en Ricardo GARCÍA CÁRCCEL (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 234-235.

14. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 294, 437, 511, 598, 653 y 802-803 (donde se encuentra la cita); y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 78, 159, 389 y 518. Para esta visión religiosa de la guerra, José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 395-396.

a la “bandera de la cruz” y a los “guerreros de la cruz”, con los “estandartes de la media luna” y los “sicarios del Islam”. También presenta como una especie de triunfo de la cruz sobre la media luna la conversión de la mezquita principal de Tetuán en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias: “en aquel templo consagrado a Dios y donde momentos antes resonaban los ecos de los musulmanes recitando los *rikates* del Corán, se estaba diciendo misa, era Domingo”. No obstante, y a diferencia de Pedro Antonio de Alarcón, que se sitúa en las posiciones neocatólicas, nuestro autor no va mucho más lejos. Sí lo hace en cuanto a epítetos conferidos a los musulmanes (“fanáticos sectarios de Mahoma”, “bárbaros sectarios del korán [*sic*]”), no tanto en cuanto al carácter de guerra religiosa, y cuando lo hace, incide más la idea de yihad musulmana que en la de cruzada católica¹⁵.

En cambio, Rafael del Castillo, sí hace un particular hincapié en la misión civilizadora de la campaña de África. Eso sí, bajo el concepto de civilización, de la que es expresión España, se integra la religión cristiana (“antorcha purísima de la civilización”), y bajo el de barbarie (atraso, decadencia), expresivo de Marruecos, se contiene también la religión musulmana. Por eso, cuando plantea la evangelización como cometido de los españoles o la sustitución del Corán por el Evangelio siempre lo hace bajo el prisma civilizatorio. Con todo, su punto de partida, como el de un importante sector de la historiografía y del pensamiento político liberal, es una visión muy positiva del desarrollo alcanzado por los árabes durante su presencia en la Península. Así, vinculado a la maurofilia, contempla los siglos centrales de la Edad Media como una época de auténtico esplendor que, con los logros y avances en la arquitectura, agricultura, artes y ciencias, conformaron un auténtico avance civilizador: “En todos los ramos del saber brillaron aquellos hombres, que como ciertos astros iluminaron el mundo un breve espacio para hundirse y desaparecer después”. A partir de este punto, para el escritor murciano se acaba produciendo un intercambio de posiciones entre España y Marruecos: “Nuestros hábitos de hoy, son los que hace cinco siglos tenían los moros. Y los que éstos poseen en el día, son los que nosotros teníamos en aquella época”.

Obviamente, la diferencia religiosa, como advierte Tomás Perez Vejo, impide a Rafael del Castillo, como a la mayoría de los historiadores y pensadores liberales, integrar la civilización árabe peninsular en la memoria compartida de la nación española, tanto más cuanto, en línea con Pedro Antonio de Alarcón, quiere afirmar a ésta sobre la orientalización de Marruecos, es decir, situarse, como las demás potencias coloniales, en una posición de superioridad civilizatoria. En definitiva, hay a la vez admiración hacia los *moros* y enemistad hacia ellos.

A partir del fin del dominio árabe de la península, para el autor cartagenero, mientras España progresa hasta convertirse en un país civilizado de la Europa occidental, Marruecos decae y retrocede hasta el salvajismo y la barbarie. Se encuentra en esta situación, continúa nuestro escritor, porque la civilización europea no ha penetrado en el Rif, que además se ve obstaculizada por el “odio irreconciliable” de los árabes a todo lo que proceda del Viejo Continente, y particularmente de España. Por lo tanto, y esta es la conclusión que de lo dicho puede inferirse, la actuación española también está llamada a superar estos entorpecimientos y así poder cumplir con su loable misión civilizadora, que no es precisamente la de destruir, sino la de crear. Por eso, el autor murciano considera que “la España del siglo diez y nueve, no será la España de hierro del siglo quince, será

15. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 103, 324, 367, 510, 653 y 803; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 41 y 458; LECUYER y SERRANO, *La guerre D’Afrique*, pp. 197-198, y MARTÍN-MÁRQUEZ, *Desorientaciones*, pp. 134-136.



la España civilizadora, que al imponer sus leyes impondrá sus adelantos, que son la prosperidad y la vida de todas las naciones”¹⁶.

Para Rafael del Castillo, esta tarea es ardua, porque de la “desnudez completa de civilización, nace el abandono total en que se encuentra el imperio” marroquí. Sin embargo, todo hay que decirlo, retrata esta realidad basándose más en la imaginación que en datos fidedignos; solo en la biografía que realiza de Leopoldo O’Donnell se puede observar marginalmente un cierto reflejo de la realidad española al referirse al reinado absolutista de Fernando VII que, al igual que a Modesto Lafuente, le parece funesto, “lleno de inconsecuencias políticas, como falta de adelantos y de bienestar para la nación”. La propuesta carlista le parece aún peor, y entre ella y el más avanzado reinado isabelino realiza la misma contraposición civilización/barbarie establecida entre España y Marruecos. A partir de aquí, la clave que define esta realidad, con ciertas reminiscencias de Montesquieu, está en el gobierno despótico del sultán, cuya “carencia de civilización es una necesidad” para el dominio absoluto de todo. De ahí que, para el sostenimiento de este régimen, que es la negación del principio de legalidad, de la seguridad jurídica y de cualquier derecho o libertad individual, considere que resulta fundamental “la ignorancia de sus habitantes”. Por eso, señala, no existe sistema educativo alguno, y todo se reduce el conocimiento a los manuscritos del Corán, que copian los morabitos o santones e “interpretan del modo que mejor les agrada”. Esta situación, continúa, dificulta el desenvolvimiento del comercio, las artes y la industria, favorece la instauración de una administración arbitraria, corrupta e inmoral, impide la articulación territorial del imperio, perpetúa el espíritu tribal y que las cáfilas del Atlas vivan a su libre albedrío, permite el *apartheid* de los judíos y facilita la actuación tiránica, caprichosa y sin freno alguno del sultán. Además, agrega, la ausencia de educación y de desarrollo y “el peso de las creencias fanáticas” refrendan el mantenimiento de hábitos, usos y costumbres, que califica de degenerados, como la poligamia y las voluptuosidades de todo género que imperan entre los hombres o el rigorismo y falta de consideración con el sexo femenino, al que convierten en un mero objeto, niegan cualquier libertad y representación en la sociedad, así como el “dulce compañerismo del hogar doméstico”. En definitiva, todos estos rasgos hacen que Rafael del Castillo caracterice a los marroquíes como belicosos, díscolos, perezosos, fanáticos, degenerados, ignorantes, etc., es decir, bárbaros y salvajes¹⁷.

España debe representar lo contrario. Decimos debe porque el autor murciano apenas explicita la realidad española. Se contenta con realizar afirmaciones como que los españoles son “un pueblo civilizado e ilustrado”, pero que apenas llena de contenido. Cuando lo hace, no parece que sea de la manera más acertada, porque se centra en el progreso técnico, que viene a representar España, y que concreta en el revólver, el telégrafo, el ferrocarril y los hornos de campaña. Ante estos avances, advierte Rafael del Castillo, los marroquíes se muestran estupefactos “su ignorancia se resistía a creer lo que estaban oyendo [se refiere al telégrafo], les parecía de todo punto imposible”, y por eso,

16. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 366, 509-510 y 585-586; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 43, 95, 157 y 435-437; CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, pp. 457, 461, 501, 509 y 511; IGLESIAS, *Marruecos, panteón del imperio español*, pp. 66-68; PALOMO, “Introducción”, pp. LXIV-LXV; MARTÍN-MÁRQUEZ, *Desorientaciones*, pp. 131-132 y 136-138; PÉREZ VEJO, *España imaginada*, pp. 81-82, y SÁNCHEZ MEJÍA, “Barbarie y civilización”, pp. 46-49.

17. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 49, 53, 94-95, 122, 140-145, 298, 524 y 608; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 45, 46, 48, 67, 123 y 169, y CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, pp. 114, 118 y 125.

desde una posición de preeminencia paternalista, cree necesario “herir su imaginación con cosas materiales”, ya que, “en el estado en que se encuentran, no entienden el lenguaje de un sabio¹⁸.”

Al margen de lo dicho, nuestro escritor aprecia la civilización en algunos de los rasgos estereotipados de los personajes de la novela, que son los que caracterizan a los españoles, como el valor a toda prueba, la defensa de la honra, la fidelidad, la honestidad, etc. Frente a estas cualidades, que definen a los hombres y que están muy presentes en los militares españoles combatientes en la guerra, el autor cartagenero indica como señas de identidad de las mujeres la inocencia, la sensibilidad, la bondad, la compasión, etc., y también su estrecha vinculación a la familia y al hogar doméstico, que presenta como principal meta vital de los españoles¹⁹. En definitiva, Rafael del Castillo asume los arquetipos hegemónicos en la cultura liberal isabelina, el *ángel del hogar*, referido al rol de la mujer, y la familia patriarcal²⁰.

Desde este reduccionismo de lo civilizado se puede deducir que en la contribución de nuestro escritor a la construcción nacional apenas si hay lugar para progreso ciudadano alguno derivado de la modernización política y cultural. Se reduce a frases grandilocuentes, como que “la civilización enseña al hombre a conocer sus derechos”, pero que luego no explicita de ninguna manera. De esta forma, la nacionalización de los españoles la busca sobre todo a través de los éxitos de su ejército. Para ello, para la afirmación de este ejército triunfal, Rafael del Castillo construye al enemigo vencido. Al hacerlo, lo presenta, más que como el otro bando de la contienda, como la expresión del mal. Por eso, su retrato participa de los caracteres negativos ya descritos de los marroquíes. Considera que las fuerzas combatientes del Rif están acostumbradas a la conflagración, porque pertenecen a un pueblo belicoso y violento. Además de “vivir en perpetua lucha con los suyos”, como éste, son fanáticas, feroces, sangrientas, despiadadas, bárbaras y salvajes. Se encuentran movilizadas, prosigue el escritor murciano, más que por la defensa del sultán, sus hogares y la independencia, que también, “antes que nada por la religión”, Este carácter de guerra santa (*yihad* islámica), que implica para los combatientes una recompensa espiritual (la mayor, el paraíso celestial, si se sufre la muerte), convierte a los efectivos armados marroquíes en fuerzas vigorosas y aguerridas. Cubriéndolas de cierto romanticismo propio de las novelas de aventuras, Rafael del Castillo les tiene en alta consideración y destaca su audacia, bravura y valentía. Si no lo son más, advierte nuestro autor, es debido a la falta de organización y disciplina militar y a la carencia de armamento moderno: “Si a su valor personal [subraya] hubieran unido otro valor puramente material, nacido de la posesión de otros medios de ataque y defensa, nuestros pasos por el suelo marroquí hubieran sido hartos costosos, y ningún resultado habríamos conseguido”²¹.

Este fortalecimiento de los combatientes marroquíes está orientado –todo lo indica– a engrandecer la actuación de las tropas españolas. Sin embargo, es tal la

18. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 170, 440-441.

19. *Ibidem*, pp. 9, 37, 60, 263, 771 y 821, y CASTILLO, *España y Marruecos*, p. 153.

20. Para este arquetipo, Alda BLANCO, *Escritoras virtuosas: narradoras de la domesticidad en la España isabelina*, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 12-25, y Raúl MÍNGUEZ BLASCO, *Evas, Marías y Magdalenas. Género y modernidad católica en la España liberal (1833-1874)*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2016, pp. 69-72.

21. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 17, 53, 55, 79, 162, 244, 294, 522 y 650, y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 46, 49, 118, 135, 309, 458 y 477.



superioridad de estos efectivos para el escritor cartagenero que la guerra se convierte en un auténtico paseo triunfal: dos batallas y veintitrés combates victoriosos. Este éxito parece deberse, en primera instancia, a estar en el lado bueno de la historia: el de la verdadera religión, el del “Dios de las victorias” (el que “había realizado sus deseos, concediéndoles Tetuán”); y el de los adelantos y progresos del mundo civilizado. También, para el escritor murciano, el ejército es victorioso porque está formado por españoles, que es sinónimo de héroes, ya que supone contar con cualidades como el valor, la bizarría, el arrojo, la animosidad y el sufrimiento. Este “ejército de valientes” es, además, igual que sus componentes, noble, hidalgo y cristiano, es decir, siempre defiende la honra, la propia y la de la patria, lo hace en buena lid, es conmisericordioso y misericordioso con los enemigos y generoso en la victoria²². De esta manera, se les presenta como “dignos sucesores de los paladines de los siglos pasados,” de los “compañeros de Pelayo” y de los “invictos hijos de la patria del Cid”.

Las virtudes señaladas les aúnan y, también, el ser hijos de la misma “Madre Patria”, y por lo tanto, estar dispuestos a “derramar su sangre en defensa de un objeto tan sagrado”. Por eso, considera el escritor murciano que, a diferencia de los que ocurre en otros lugares, en España los soldados son valientes, no por interés, sino por patriotismo. Lo lleva al límite al aseverar que el triunfo de la patria exige “sacrificios expiatorios, víctimas, y estos mártires trazan la huella sangrienta porque deben seguirles sus compañeros”. De esta manera, Rafael del Castillo procede a sacralizar la nación. Mientras que los marroquíes combaten por la religión y con la muerte alcanzan el paraíso, los españoles, a partir de la transmutación del honor aristocrático de la que ya hemos hablado, lo hacen ante todo por la honra de la nación y su caída en la guerra les convierte en mártires.

114

De ahí que, antes de la batalla, los soldados españoles —señala el autor murciano— se reúnan en corros a cantar, formando “un delicioso cuadro de costumbres [...] de esos [...] que en los días de fiesta caracterizan la alegre patria de Cervantes”. También por eso —continúa—, los que mueren por la patria no deben ser llorados, sino envidiados, porque “pierden una vida transitoria para servir de ejemplo a sus conciudadanos” y pasan a ocupar el lugar más excelso de la patria: “La familia de la calle de Lavapiés contaba con un miembro menos. La patria contaba con un mártir más”, señala el escritor murciano en su novela. De esta manera, como agrega en su historia de la guerra, no quedaba otra alternativa, rememorando el himno de Riego, que “vencer o morir”. Además, concluye el escritor murciano, este sacrificio por la patria no supone ni la orfandad ni carecer de familia, sino formar parte de una superior, España: “¿Y qué madre no se enorgullece de sus hijos? Siempre vencedores, sufridos siempre, y dispuestos a hacer todo género de sacrificios, eran dignos, y muy dignos de aquel cariño que la madre patria les profesaba”²³.

No obstante, esta unión patriótica, para conformar un verdadero ejército, necesita de organización y disciplina, y contar con un plantel de oficiales que, batiéndose de la misma manera que los soldados, dirijan con inteligencia y acierto las acciones. Pues bien,

22. De ahí la ilustración recogida en CASTILLO, *El honor de España*, p. 56, con la leyenda: “No temáis, un oficial español no hiere a sus enemigos indefensos”.

23. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 108, 151, 163, 239, 326, 329, 442, 458, 512, 560, 684 y 720-721; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 15-16, 18, 60-61, 79, 175, 191, 391, 472-473 y 514, y CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, pp. 461, 669 y 482. Para la sacralización de la nación y de sus héroes, Henry KAMEN, *La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española*, Madrid, Espasa, 2020, pp. 413-414.

de “una combinación ideada con sabiduría, planteada con inteligencia y realizada con arrojo y entusiasmo” para Rafael del Castillo el resultado no podía ser otro: “Nuestro ejército no tiene Generales ni soldados. En él no hay más que semidioses en el día de la batalla”²⁴. Por eso, como ya hemos significado, para nuestro autor la campaña de África no es más que una “epopeya sublime”, la sucesión de páginas brillantes del ejército español, con las que se forma el libro de oro de esta contienda, que ocupa un lugar destacado en la biblioteca de la gloriosa historia nacional. De ahí que todo español no pueda por menos de sentirse orgulloso a través de su ejército. Pero, además, estas destacadas acciones militares, advierte el escritor murciano, dejan atónita a Europa, pues evidencian “la reputación inmensa” del ejército español, que “no tiene comparación más que con los mejores del continente”. Hasta tal punto lo ve así, que lo sitúa a la altura del francés, haciendo suya una exclamación que pone en la boca de un corresponsal galo: “¡La Francia y la España juntas pueden conquistar el mundo entero!”²⁵. En otras palabras, lo que pretende Rafael del Castillo con la permanente vinculación a Europa, es hacer que España abandone el universo oriental e ingrese en el selecto club de las grandes naciones civilizadas.

Como vamos viendo a través de la obra del escritor murciano, las fuerzas armadas españolas logran vengar con creces las ofensas lanzadas al pabellón español por los marroquíes, nacionalizar a los españoles y restablecer el prestigio exterior de España, y todo ello lo hacen en nombre de Isabel II. Rafael del Castillo, siguiendo la historiografía imperante, ve en ella a una digna heredera de Isabel la Católica, y por ello asume como propia una frase de un discurso de Leopoldo O'Donnell: “Si Isabel I los arrojó de España [a los musulmanes], Isabel II los conquistará”. De igual manera, comparte con el unionismo la identificación entre Estado, nación y monarquía, y también, siguiendo sus pasos, procede a nacionalizar a la reina a través su estrecha vinculación con el pueblo y el ejército²⁶. Por eso, los soldados, tanto para manifestar la aceptación a un discurso o una arenga como para darse impulso en las acciones militares, vitorean a la patria (o a España) y a la reina:

Soldados, ¡Viva la Reina!

Y un viva inmenso, prolongado, retumbó en las soledades, y su eco, atravesando el espacio, llegó hasta la corte del emperador de Marruecos para decirle que no impunemente se ultraja a una nación, que podrá ser apática, pero nunca consiente que mancillen su honor. [...]

Las cornetas ordenan el paso de ataque y los batallones al mágico grito de “Viva la Patria” “Viva la Reina” calan bayonetas y cual impetuoso y destructor torrente se lanzan sobre el campamento enemigo²⁷.

Imagen 1. Portada del libro de Rafael DEL CASTILLO CUESTA, El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos

24. De ahí que en las ilustraciones de la novela se intercalen retratos de algunos generales –Leopoldo O'Donnell, Rafael Echagüe, Juan Prim y Juan de Zabala– (pp. 50, 104, 242 y 700) y actuaciones de los soldados (pp. 90, 136, 248, 370, 520, 641 y 890). De las exiguas que se recogen en la historia, solo aparece un general, Juan Prim, y cuatro de las cinco restantes se refieren a distintas acciones militares.

25. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 57, 112, 196-197, 214, 319, 328, 330, 332, 339, 435 y 720; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 22, 248 y 529; CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, pp. 482 y 497.

26. Paloma CIRUJANO MARÍN, Teresa ELORRIAGA PLANES y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, CSIC, 1985, pp. 95-96 y 101-102.

27. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 51, y 88 y 337 donde se encuentran los textos destacados; además, CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 152 y 247.





F.: Castillo, *El honor de España*.

Bajo los vivas a la reina y a la patria se cobijan los conceptos de España y de nación española, y también las de realidades diversas que las integran. A través de los voluntarios catalanes y vascos, el escritor murciano acoge el discurso del doble patriotismo. De esta manera, muestra con total normalidad la utilización de las lenguas regionales y también que los combatientes de ellas quieran dejar muy alto, tanto el honor de sus respectivos territorios como el de la patria común. Al hacerlo, no ve en ellos nada diferente a la actuación de los soldados de reemplazo del ejército español. Son igual de “valientes y sufridos”, y “pelean con una bizarría puramente española”, es decir, son auténticos héroes. Por ello, señala nuestro autor, han recibido elogios de todo el mundo y “han merecido que la patria les esté justamente agradecida”²⁸.

De la misma manera que interioriza la superposición de patriotismos, Rafael del Castillo también hace suyo el sesgo castellanista en la construcción nacional. No solo considera la Reconquista una obra eminentemente castellana, sino que muchas veces

28. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 359 y 673-674; y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 456-457. De esta manera, Rafael DEL CASTILLO se distancia de las críticas vertidas a la participación en el conflicto de los tercios vascongados por el gran retraso en su incorporación a las filas del ejército español, que solo les permitió intervenir en la batalla de Wad-Ras. Al respecto, Arturo CAJAL VALERO, “La participación de los tercios vascongados en la guerra de África (1859-1860)”, *Revista de Historia Militar*, 112, (2012), pp. 169-178. Para el doble patriotismo durante esta contienda, Arturo CAJAL VALERO, “La guerra de África (1859-1860) y las expresiones patrióticas en el País Vasco”, en Mariano ESTEBAN DE VEGA y M^a Dolores DE LA CALLE VELASCO (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010, pp. 262, 267-268, 270, 273 y 281; GARCÍA BALANÀ, “Patria, plebe y política”, pp. 40-41, e IGLESIAS, *Marruecos, panteón del imperio español*, pp. 51-60.

confunde a Castilla con España, haciéndolas sinónimas. Lo hace particularmente al referirse a la bandera nacional:

La enseña de Castilla, siempre victoriosa, ondeaba con majestad sobre la fortaleza marroquí.

Los atronadores vivas de las tropas, las descargas de fusilería, y los alegres sonidos de las músicas, la saludaron con un entusiasmo indecible.

¡Gloria a ti, bandera de mi patria!...

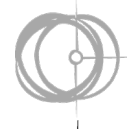
Gloria a ti, que, tras largos días de abandono, te miraba tremolar orgullosa, demostrando a las naciones, que la vencedora de Pavía y de las Navas, de Lepanto y de Bailén, añadía un nuevo timbre a sus laureles, al despertar de su letárgico sueño.

Este homenaje a la bandera española, que “tremola hollando el estandarte del Islam”, se reitera a lo largo de las páginas escritas por el autor murciano, que por lo tanto contribuyen a la difusión de este símbolo nacional. También lo hace a través de alguna de las ilustraciones contenidas en sus libros en las que aparece la enseña nacional. Sobre todo, emplea las insertas en su novela: en la portada, en dos ocasiones al llevarla el general Juan Prim animando a los soldados (“¡Soldados adelante y viva España!” y “¡Soldados vuestra honra está en vuestras mochilas!”) y en la entrada de las tropas en Madrid, el 11 de mayo de 1860. De las pocas contenidas en su historia sobre la guerra de África, solo puede destacarse la del bombardeo de Larache, donde aparece en primer plano en el barco una bandera española. Con estas imágenes, aunque sean en blanco y negro, Rafael del Castillo también participa de una manera subrepticia en la nacionalización simbólica española. Lo hace menos con el himno, la marcha real, al que alude en escasas ocasiones, que suelen coincidir con actos oficiales castrenses, y además lo hace convivir, dada su popularidad, con el himno de Riego, muy presente en los recibimientos de las tropas²⁹.

Las naciones se identifican con sus símbolos, y también con sus mitos. En la elaboración de estos últimos también colabora el escritor murciano. Para ello sigue muy de cerca la obra de Modesto Lafuente y, particularmente, el rasgo arquetípico que define a los españoles en los momentos excepcionales de la historia: la capacidad para crear caudillos³⁰. La guerra de África constituye para Rafael del Castillo uno de esos nudos gordianos, e involucrándose políticamente de manera palmaria, los caudillos que lo resuelven en orden de prelación son los generales Leopoldo O'Donnell y Juan Prim. Para él, ambos, como los demás miembros del ejército español, son verdaderos héroes, y también ambos lideran con arrojo, valor e inteligencia a los soldados en las diferentes acciones y batallas, aunque el primero es una “figura colosal”, que destaca como cabeza y genio organizador del ejército, pero sobre todo por ser la “personificación exacta del pensamiento de la nación”. Viene a ser –prosigue– un hombre excepcional, de esos que, siguiendo al pensamiento clásico y al citado historiador, envía la providencia o simplemente surgen cuando “las naciones llegan al extremo” y “las coloca con su poderoso aliento en el lugar que les corresponde”. Leopoldo O'Donnell es el “rehabilitador de la honra nacional, por así decirlo”, y por eso se hace acreedor del “agradecimiento de la nación.” Ante obra tan excelsa, a Rafael del Castillo, al margen del retrato con el que se inician las ilustraciones de la novela, no le queda más remedio que

29. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 373 (donde se encuentra la cita) y 667, más las ilustraciones en pp. 1, 242, 248 y 890. Además, CASTILLO CUESTA, *España y Marruecos*, pp. 26, 247, 256 y 506, y la ilustración en p. 290. Para la difusión de los símbolos nacionales, Javier MORENO LUZÓN y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos, 2017, pp. 65-67.

30. LÓPEZ VELA, “De Numancia a Zaragoza”, pp. 214-215.



pintarlo con vivos colores, como una especie de Cid Campeador, como un individuo extraordinario con las cualidades eminentes y ascendencia de un “insigne caudillo”:

El digno general en jefe aumentaba su entusiasmo con su ejemplo.

Si había combate, en el sitio más amenazado, donde había más peligro, allí estaba O'Donnell, oyendo impasible silvar [*sic*] las balas en derredor de su cabeza, y dictando las disposiciones con la serenidad admirable que le caracteriza.

Y si sus mismos oficiales, conociendo el riesgo en que estaba, y lo necesaria que era su existencia, se lo hacían presente y le instaban para que se retirase, solía contestarles palabras tan sublimes como estas, que nosotros tuvimos el placer de escuchar.

-Degenme Vds. Señores, no pasen cuidado por mí; mi vida está en manos de la Providencia y yo confío que velará por mí.

Con tales palabras, y con semejantes obras, ¿cómo no ha de estar entusiasmado el soldado que pelea bajo las órdenes de tan ilustre jefe?

Multiplicándose en todas partes, en los combates y en los momentos de descanso, siempre se le ve infatigable y activo.

Si las lluvias estropean las tiendas, él, el primero se sale de la suya, para recibir el agua como el último soldado.

Por manera, que no hay voces con que elogiar su conducta, y el ejército entero está doblemente orgulloso con estar mandado por un general como el conde de Lucena³¹.

La máxima posición alcanzada por Leopoldo O'Donnell en esta contienda es, a juicio del escritor murciano, consecuencia del talento natural, pero también del soberbio aprendizaje adquirido durante la primera Guerra Civil, en la que, además de emanciparse de su familia realista, había participado brillantemente en distintas acciones, como se refleja en su carrera militar meteórica y revelaron unas especiales dotes para el ejercicio de la autoridad militar. De ahí que en esta guerra de África sea la “cabeza del ejército”, “el genio militar”, mientras que Juan Prim es, para Rafael del Castillo, “la espada”. A éste siempre lo describe como una especie de aventurero romántico: “tenía algo de fantástico y mucho de los héroes de la edad media, cuyas hazañas hemos creído hasta cierto punto fabulosas”. Por lo tanto, es la expresión del ardor guerrero, del militar que siempre abre el camino entre los enemigos. De ahí que, de las tres ilustraciones de la novela que se refieren a él, dos sean de acciones militares, y se vincule su persona a la famosa expresión atribuida a Napoleón que señala “que la bala que le había de matar todavía no se había fundido”. Por otro lado, el conde Reus también es, como se recoge en el retrato de la historia de la guerra, un jefe ejemplar, cercano, en el que confían los soldados, y por eso le siguen, sobre todo, los de su tierra natal, los voluntarios catalanes³².

El esfuerzo realizado por estos generales y por los otros que dirigieron los distintos cuerpos del ejército de África, sus oficiales y soldados, fue recompensado con títulos nobiliarios, condecoraciones y gratificaciones económicas. También, según el autor cartagenero, fue vilipendiado por unos y menospreciado por otros. Más que vilipendiado, podríamos decir traicionado. Así contempla Rafael del Castillo a los carlistas y a su pronunciamiento de San Carlos de la Rápita: “levantar el estandarte, donde por único lema puede leerse traición, infamia y deslealtad”. Tal acto “criminal”, perpetrado cuando “los hombres de todos los colores políticos se unían y estrechaban” en torno a “la cuestión puramente española que estaba ventilándose al otro lado del estrecho”, es abominado –

31. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 5, 50 (donde se encuentra el retrato de Leopoldo O'Donnell), 168, 190 (donde se encuentra el texto destacado), 328, 368, 644, 668 y 675; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 19, 58, 61, 194 y 329-330, y CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, pp. 24, 110-111, 124, 127, 131, 330 (donde se recoge el retrato) y 455.

32. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 90, 242 y 248 (donde se encuentran las ilustraciones); y 249, 337 y 644. Además, CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 197, 206 (donde se recoge el retrato) y 390-391.

considera el escritor murciano— por “la nación entera”, que “ya no está para guerras civiles porque llevan consigo la ruina y el atraso de los pueblos.” Además, tal proyecto tan “deshonroso”—prosigue Rafael del Castillo— demuestra la incapacidad del partido carlista para regir al pueblo español y supone su hundimiento completo y un mayor alejamiento del trono del pretendiente. En otros términos, se afirma y consolida el Gobierno de Leopoldo O’Donnell, al que alaba su prudente actuación, y la Monarquía constitucional isabelina³³.

El menosprecio de otros a la actuación del ejército español se debe, según Rafael del Castillo, a los escasos resultados materiales conseguidos con el triunfo de la guerra y sobre todo a la frustración porque Tetuán no se mantuviera español. Frente a esta actitud, compartida por importantes sectores de la opinión pública, el autor murciano defiende con uñas y dientes las negociaciones de paz y las justificaciones realizadas por el ejecutivo del duque de Tetuán. No deja de reiterar que detrás de la campaña de Marruecos no existía espíritu de conquista alguno, sino pura y simplemente la reparación de la honra nacional ultrajada. Apoya la *paz chica*, porque así se recoge en los tratados y por el alto coste que supondría —subraya— mantener una colonia en el Rif en torno a la plaza de Tetuán, ya que al importante contingente militar y refuerzo naval con el que se debería contar, se sumarían los gastos de su mantenimiento. Además, se tendrían que enfrentar con los que juzga eran los mayores enemigos, que hasta este momento apenas si habían aparecido en las páginas de las obras del autor murciano: el cólera y el calor abrasador. Rafael del Castillo, siguiendo muy de cerca la opinión del duque de Tetuán, considera que lo que debía hacer España es preocuparse por su propio desarrollo, firmando favorables tratados de navegación y comercio, similares a los logrados con Marruecos³⁴.

Para el escritor cartagenero, la guerra ha sido sumamente importante por las nuevas relaciones comerciales señaladas, pero también por el temor que a partir de entonces inspiraba a Marruecos la superioridad española, lo que aumentaba las garantías, seguridades y beneficios. Por eso afirma que “una paz como la de que nos estamos ocupando ha satisfecho por completo nuestros deseos”. Además, y en este punto centra su atención, el conflicto ha sido cardinal, porque ha permitido formar un ejército aguerrido y disciplinado, como el francés, pero, sobre todo, auténticamente nacional, ya que ha contado con “la actitud resuelta y entusiasta” del pueblo; es una especie de “unión sagrada” que, junto a la brillante actuación militar, ha servido para estimular la admiración y el prestigio de España en Europa: “¡Feliz España, ya ha sonado para ella la época de la regeneración de su grandeza!”. Hay algo más, que agregamos nosotros siguiendo el pensamiento de Rafael del Castillo: la guerra contribuyó a fortalecer la memoria compartida de un pasado común, al sumar una nueva página gloriosa y recuperar otras olvidadas o reinventadas, como son las de la larga Reconquista. Sentencia el escritor

33. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 804-807; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 484-504, y CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, pp. 539-540. Una aproximación al levantamiento carlista en Ángel BAHAMONDE y Jesús MARTÍNEZ, *Historia de España, siglo XIX*, Madrid, Crítica, 1984, pp. 443-345, y Tomás GARCÍA FIGUERAS, *Recuerdos centenarios de una guerra romántica*, Madrid, CSIC-Instituto de Estudios Africanos, 1961, pp. 138-140.

34. La valoración de la paz en ALBI, *¡Españoles, a Marruecos!*, pp. 322-327; Juan Antonio INAREJOS MUÑOZ, *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*, Madrid, Sílex, 2007, pp. 169 y 173; María Rosa MADARIAGA, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, La Biblioteca de Melilla, 2000 (2ª), pp. 83-84, y Omar RODRÍGUEZ ESTELLER, “La intervención española de las aduanas marroquíes”, en Eloy MARTÍN CORRALES (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1911)*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2002, pp. 80-81.



murciano que “el general O’Donnell tanto en la guerra como en la paz es digno de que la patria le esté agradecida”³⁵.

Con todo. Rafael del Castillo también contribuyó, aunque fuera indirectamente, a alimentar el ambiente de frustración que se respiró tras la guerra. Lo hizo al exponer con bastante detenimiento las transformaciones operadas en la ciudad de Tetuán bajo la ocupación española y presentarlas como una especie de laboratorio de la misión civilizadora, que también había llevado a las tropas a Marruecos: el dominio del espacio por España. No se limita a destacar el nuevo nomenclátor español de las puertas, plazas y calles (Reina, Reyes Católicos, Alfonso VIII, Numancia, Zaragoza, Bailén, Cid, España, Victoria...) o la sacralización de la mezquita como iglesia católica, sino que profundiza en los aspectos referidos a la ordenación urbana y a la organización administrativa, principalmente. En el primer ámbito, señala el establecimiento de un hospital, un cementerio, un mercado de abastos, una panadería, etc., la instauración de un sistema de limpieza, de alumbrado público, de policía, de registro y de padrón, y la demolición de edificios para planificar mejor la ciudad. En el segundo aspecto, bajo el mando militar se nombró un jefe civil y dos alcaldes, uno para los árabes y otro para los judíos, se erigió una administración militar y se formuló un “proyecto de ley para la administración y gobierno de la colonia”. Además, se creó un periódico, *El Eco de Tetuán* (dirigido por Pedro Antonio de Alarcón), se concedió un local para un teatro, se improvisó una plaza de toros, circularon un ómnibus y calesas, se contó con línea telegráfica y se quiso prolongar el ferrocarril desde la aduana... En definitiva, concluye Rafael del Castillo, no había habido un solo día en que la presencia de España en Marruecos no haya estado marcada por “algún acto de civilización, de tolerancia, de filantropía y de desinterés”³⁶.

120

El cierto desánimo que genera que Tetuán no se mantenga español no pone en cuestión para el escritor murciano la unánime adhesión nacional a la campaña de Marruecos. Para demostrarlo, realiza un recorrido por las distintas celebraciones que se efectuaron a los soldados del ejército de África a su regreso a España. De esta manera, quiere hacer consciente al lector de que la nación, en cuanto comunidad imaginada, es real, que lo que contempla y siente en su ciudad coetáneamente se produce en otras. La misma emoción, el mismo entusiasmo y la misma alegría del inmenso gentío que salió a la calle se respiró en Valencia y en Sevilla; al igual que en Alicante, en Madrid también se lanzaron a los soldados en su recorrido por las calles palomas, versos, flores, ramilletes y dulces; tanto en Barcelona como en Madrid, las casas y los edificios oficiales se engalanaron, se erigieron arcos de triunfo, las autoridades civiles y religiosas pronunciaron discursos emotivos de celebración, se ovacionó y vitoreó a España, a la reina, al ejército y a los distintos generales (principalmente a Leopoldo O’Donnell y Juan Prim), la enseña nacional lució por todas partes y se corearon canciones e himnos patrióticos. La ilustración del recibimiento de Madrid contenida en la novela se repitió en todos los lugares, al mezclarse militares sin distinción de grados con paisanos sin distinción de clases y confundirse entre bravos, felicitaciones y abrazos. En definitiva, para Rafael del Castillo “la nación entera les da las gracias y la nación entera obsequia a

35. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 881-889, y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 529, 542 y 546-547.

36. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 853 y 941; CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 308, 311-312 y 315-316, y CASTILLO, *Historia de la vida política y militar*, 497 y 539-540. Sobre el bienio de dominio español de Tetuán también se puede seguir a GARCÍA FIGUERAS, *Recuerdos centenarios de una guerra romántica*, pp. 121-122, 240-241 y 244-245.

los soldados retornados de Marruecos con “la corona de laurel destinada a los héroes,” y “con orgullo podemos decir desde hoy que somos españoles”³⁷.

Conclusiones

La intensa y extensa obra literaria que Rafael del Castillo dedicó a la guerra de África (1859-1860) estuvo orientada a afirmar el modelo político y nacional promovido por la Unión Liberal. Asumió que la razón principal que justificó el conflicto fue la reparación del honor nacional, pero al declarar la guerra el Gobierno de Leopoldo O'Donnell –considera– se volvió a colocar a España en el lugar que le correspondía y suscitó una especie de unión sagrada que reunió a todos los españoles alrededor del ejército nacional.

Castillo participa del relato histórico nacional unionista, y por ello presenta a la campaña de Marruecos como un epílogo de la Reconquista, pero, al igual que los héroes de esta epopeya, sus dignos herederos tenían la misión providencial de la difusión de la verdadera fe del catolicismo. El sesgo de cruzada que de aquí puede derivarse, se matiza al integrarlo bajo el concepto más amplio de misión civilizadora y valorar muy positivamente la labor desarrollada por los árabes durante su presencia en la Península.

La situación que caracteriza al Marruecos de mediados del siglo XIX es, para el escritor murciano, la contraria: la de la barbarie y el salvajismo. Este retroceso, estima, se debe y se perpetúa en el tiempo como consecuencia del despotismo. De aquí surgen la importancia y el valor de la misión civilizadora que debe llevar adelante la monarquía isabelina. Sin embargo, y desde una posición de preeminencia paternalista, tiene grandes dificultades para señalar los rasgos que definen a España, y por ende a esa misión, y solo es capaz de concretarlos a partir de las transformaciones y cambios operados en Tetuán durante el bienio de dominio español.

La contraposición entre barbarie y civilización también se traslada a las respectivas fuerzas combatientes. Las marroquíes son fanáticas y aguerridas, pero les falta organización y disciplina militar, con las que en cambio cuentan las españolas, además de los progresos y adelantos del mundo civilizado. Esto les hace ser un ejército victorioso, así como, subraya el escritor cartagenero, profesar la verdadera religión, contar con un pasado tan glorioso y estar aunados por un profundo patriotismo. Este último rasgo es particularmente ensalzado, hasta el punto de sacralizar a la nación, que para él se convierte en la clave del éxito: de la reparación del honor del pabellón español, de la recuperación del prestigio en el exterior y de la nacionalización de los españoles.

Rafael del Castillo comparte con la Unión Liberal la identificación entre Estado, nación y monarquía. Siguiendo sus pasos, procede a nacionalizar a Isabel II a través de su estrecha vinculación con el pueblo y el ejército. La reina se convierte en un emblema nacional, de la misma manera que lo son la bandera roja y gualda y el himno de la marcha real, que sigue conviviendo con el himno de Riego. A estos símbolos, que identifican ya

37. CASTILLO, *El honor de España*, pp. 801, 819-822, 830-839 y 889-893 (en la 890 la ilustración del recibimiento de Madrid), y CASTILLO, *España y Marruecos*, pp. 531-534, 549-553 y 557-564. El desarrollo de las celebraciones en ALBI, *¡Españoles a Marruecos!*, pp. 123-124, 266-268 y 272; GARCÍA FIGUERAS, *Recuerdos centenarios de una guerra romántica*, pp. 9, 97-98, 105 y 172-174; Miguel Ángel LÓPEZ RINCONADA, “Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la guerra de África”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 34 (1994), pp. 524-536, y Alfredo REDONDO PENAS, *Guerra d'Àfrica (1859-1860). Els 466 del general Prim*, Valls, Cossetània Edicions, 2008, pp. 83-91.



entonces a los españoles, el escritor murciano quiere sumar las figuras que considera míticas de Juan Prim y de Leopoldo O'Donnell. No obstante, mientras al primero, convertido en marqués de Castillejos por su destacado comportamiento en esta batalla, lo describe como un héroe romántico, al segundo, que recibe el título de duque de Tetuán por la dirección de la guerra en su conjunto, lo presenta como un auténtico caudillo nacional.

El esfuerzo realizado por el ejército dirigido por estos y por otros generales va a ser reconocido y recompensado, pero para el autor cartagenero también traicionado por unos y menospreciado por otros. Los tildados por ello de antipatriotas son los carlistas por perpetrar durante el desarrollo del conflicto el fallido pronunciamiento de San Carlos de la Rápita. La desconsideración de los últimos a la actuación militar es más generalizada y se debe a los escasos resultados conseguidos con el triunfo de la guerra, y sobre todo a la frustración porque Tetuán no se mantuviera español. Sin embargo, Rafael del Castillo discrepa, y avala el tratado de paz negociado por el Gobierno de Leopoldo O'Donnell porque afianza la posición española en Marruecos, permite formar un robustecido ejército nacional, restablece el prestigio de España en Europa y fortalece la memoria compartida de un pasado común. Esta afirmación nacional se puede contemplar para el escritor murciano en el orgullo patriótico que imperó en las celebraciones que se realizaron a lo largo del país para homenajear a las tropas victoriosas de la guerra de África a su regreso a España.